



RICKY JAY, ADEMÁS DE SER UNO DE LOS GRANDES HISTORIADORES Y COLECCIONISTAS EN LA ACTUALIDAD, HA PRESENTADO GRANDES EFECTOS DEL PASADO. EN LA FOTO, JUNTO CON EL FAMOSO NARANJERO QUE ROBERT HOUDIN REALIZABA FRECUENTEMENTE EN SUS PRESENTACIONES

En este sentido, es importante señalar que, en el pasado, también existían estas preocupaciones y críticas sobre el estado de la magia. Me he sentido especialmente atraído por los comentarios de Fu Manchú (en su *Illusion Show* o en *The Oriental Magic of the Bambergers*); por Camille Gaultier quién, en su libro *La Prestidigitation Sans Appareils*, da un breve panorama de la magia francesa de finales de siglo diecinueve y principios del veinte y, especialmente, por Jarret, uno de los más importantes creadores de grandes ilusiones de su época. Veán, por ejemplo, lo que este personaje decía en 1936:

“¿Acaso nuestros magos tienen algún tipo de entrenamiento o dirección en el arte de la magia?, ¿tienen presencia escénica o están en condiciones de actuar?, ¿han estudiado al público inteligente y conocen su capacidad de pensar, han juzgado, acaso, lo que realmente los mystifica? ¡No! ¡No lo han hecho! Apenas han tomado un puñado de trucos y se han subido al escenario. De tal manera que son sólo un puñado de ‘magos de bazar’ (*drugstore magicians*). La magia, que es una de las expresiones del arte y uno de los mejores espectáculos para el público inteligente, ha sufrido terriblemente. De hecho, ha sido asesinado. No hay buenos magos ahora, a excepción de unos pocos actos especializados...”

Otro punto. Estoy convencido que el estudio de la historia de la magia, como de cualquier otro objeto, nos reviste de cierta profundidad (“hombre interior y espiritual” decía Van Gogh) que se percibe en nuestra personalidad y, por ende, en nuestras presentaciones. “Luce un autorizante e invisible manto de tradiciones acumuladas, los cuales despliega con leve ironía pero con gran respeto” dijo *The New York Times* sobre Ricky Jay. No estoy hablando del ‘snobismo’ mediocre de querer ser más de lo que se es o de resaltar vanidosamente los conocimientos de uno mismo. No. Se trata de hacerse un poquitito mejor por dentro para que solito, solito salga todo a flote.

Por último, señalo que estudiar la historia de nuestro arte nos permitirá cuestionarnos sobre aspectos muy importantes como, por ejemplo, el interés prehistórico del hombre por la magia (en el sentido antropológico del término) y, por lo tanto, la razón por la que la magia despierta tanto interés en el público. En este sentido, recomiendo la lectura de las obras de Bob Neale y Eugène Burger (mencionados ya en el boletín N° 1), dado que analizan este aspecto de la relación de la magia de los shamanes y el ilusionismo escénico. Para Neale, por ejemplo, “la magia escénica se pregunta ¿qué pasa si la magia de verdad funciona? Mientras que la otra magia asevera la magia funciona”.

Espero que quede claro que no promuevo la mezquindad de aprender algo simplemente por ser útil. De hecho, debo decir que más allá de todas las cuestiones prácticas señaladas, la principal razón de mis modestísimas indagaciones históricas (y única razón diría, ya que las demás vienen por añadidura) es el placer. Me produce un goce casi infantil investigar versiones de un efecto y conocer cómo fue desarrollándose. Amo asomarme a la vida de ciertos personajes históricos (saber las excusas de L’Homme Masque sobre el uso de su antifaz; imaginarme en el foyer de un hotel viendo a Malini hacer las cartas clavadas; esforzarme por verlo a Charles Bertram haciendo sus “Cartas a través de la Manga” y su consiguiente disminución; asombrarme con Arthur Lloyd y su acto de “El Clasificador Humano”, verlo a Thurston en la época de variedades o a Nelson Downs con sus monedas y ni qué hablar de Cardini, Hofzinsler, Robert Houdin y tantos, tantos otros); me deleita encontrar un dato y sentirlo como un gran hallazgo cuando es una obviedad en verdaderos historiadores o, incluso, en amigos cercanos. Me gusta cuando entiendo que las mismas preocupaciones personales las tuvieron otros grandes y que luego pudieron resolverlas (esto me recuerda a un viejo chiste de Mafalda. Ella se pregunta: “De dónde vendrán los platos voladores” a lo que su amigo Felipe le responde “No lo sé. ¡Pero parece que los científicos tampoco lo saben!” “Y eso por que te alegra tanto”, le retruca Mafalda. “Porque me siento importante compartiendo la ignorancia con los científicos”).

Me gusta, por último, imaginar mis días encerrado en una habitación atiborrada de libros leídos y releídos, artículos periodísticos, revistas, entrevistas grabadas, ensayos, bocetos y todo tipo de material histórico. En definitiva, me apasiona descubrir algo nuevo cada vez, aún sabiendo que eso me hará más consciente de mi baja estatura.

“No hay un solo hombre que no sea un descubridor. Empieza descubriendo lo amargo, lo salado, lo cóncavo, lo liso, lo áspero, los siete colores del arco y las veintitantas letras del alfabeto; pasa por los rostros, los mapas, los animales y los astros; concluye por la duda o por la fe y por la certidumbre casi total de su propia ignorancia.”

J.L. Borges.

NOTA: El presente texto, salvo ciertas modificaciones, fue presentado originalmente en el número cuatro de mi publicación virtual llamada Profonde.